

Usos sociales, capital social, migración y espacio público

WEB. Los aparatos teóricos

En este contexto es necesario decir que durante varias décadas del pasado siglo se pensó que uno de los efectos inevitables de la revolución industrial sería la gradual disolución del primigenio sentido comunitario (tal como lo pudieron haber entendido pensadores clásicos como Tönnies o Durkheim), hasta que los estudios de redes sociales y aquellos más nuevos procedentes del enfoque del capital social lograron determinar, en parte por el cambio conceptual sufrido por el concepto de comunidad (Delanty, 2006: 5), que estos vínculos no sólo no tienden a desaparecer, sino que, lejos de eso, se transforman, fortalecen y mantienen vigorosos de múltiples maneras y por diferentes *medios* (Wellman y Werkowitz, 1988; Berger y Luckmann, 1997).

Tal es el caso de los sitios de oriundos generados y usados por diversos integrantes de la diáspora mexicoamericana, fenómeno que, a su vez, se monta y sustenta en un complejo horizonte de usos sociales no sólo de la tecnología Internet, sino y sobre todo, del contexto de transnacionalidad y el espacio social que a partir de ella se genera.

Desde aquí, el presente trabajo propone un primer acercamiento a los sitios de oriundos a partir de revisar las ideas de usos sociales y asociatividad asumidas desde el emergente enfoque del *capital social*, enfoque interesado en comprender cómo el acceso de los individuos a distintos tipos de recursos sociales depende de la forma en que éstos se insertan en una determinada red humana y la naturaleza de los vínculos que a partir de ella establecen.

En este punto cabe mencionar que a lo largo de los últimos 10 años el concepto de *capital social*, principalmente vinculado con los enfoques sobre redes sociales (aunque en sentido estricto no procede de ellos), se ha venido integrando de manera cada vez más importante al debate en ciencias sociales, pues aunque en más de un sentido traza objetos teóricos que nunca han dejado de estar presentes en cualquiera de ellas, tales como la importancia de los lazos de confianza (Luhmann, 2005), los acuerdos de cooperación o las normas de reciprocidad entre sujetos (Ostrom, 2003: 160), esta perspectiva aborda de manera sistemática y puntualizada el debate en torno al papel que

juega la acción recíproca, desde los principios conectivos y asociativos, en la consecución de fines individuales y colectivos (Halpern, 2005: IX).

Pero antes ¿por qué hablar aquí de capital social y redes junto a un término como usos sociales? Para esto hay que comprender primero que el *capital social* es una forma *reticular* de capital, es decir, la forma socialmente productiva que representa una *red* de actores interconectados por vínculos de intereses, y en este sentido los *usos sociales* del espacio WEB son la materialidad y condición que permiten el tendido de un particular tipo de redes: las redes virtuales (Rheingold, 1994).

En ese sentido, los *nexos* tendidos por los actores en su red (los espacios WEB) en el proceso de buscar y mantener una orientación compartida de vida (Berger y Luckmann, 1997: 64), son el instrumento que genera y moviliza recursos, y como ya se ha dicho, “ahí donde cualquier aspecto de la estructura contribuya a la realización de los fines del actor, entonces existe capital social” (Ramírez, 2005: 27).

Así, a partir de las siguientes líneas se dibuja la relación entre algunas visiones en el estudio de los fenómenos migratorios, su relación con los estudios asociativos y de éstos dos con el papel de los usos sociales del espacio público de la WEB.

Internet y espacio público WEB

El trabajo que aquí se presenta tiene como escenario y objeto empírico el espacio público de la WEB. Desde aquí se asume que el ciberespacio, al igual que cualquier otro lugar social, puede ser dividido en un horizonte público y otro privado.

Sin lugar a dudas, aunque el término espacio público es tan viejo como el ágora misma, se debe a Habermas (1986) su carta de nacionalización en los estudios sociales, pero sobre todo en los estudios políticos y de comunicación.

Según la acepción habermasiana, el espacio público es el *locus* de discusión de la sociedad, donde los *individuos privados* se reúnen como *públicos* para concertar libremente y sin presiones su opinión sobre las posibilidades de actuar según sus intereses generales (Habermas en Boladeras, 2001: 53). Con todo, el espacio público de Habermas encuentra su

cuota de interés en una particularidad: este espacio se encuentra continuamente intervenido y mantenido por la hegemonía del Estado, y en él se racionaliza su dinámica de poder. Desde esta visión, el espacio público entra en pugna con los intereses del Estado, dando lugar a un campo donde se estructuran las distintas vertientes del conflicto desde la acción social.

Así, el concepto habermasiano se convierte en una estrategia teórica en el intento de iluminar ese oscuro objeto que es la opinión pública (Cfr. Boladeras, 2001: 51), convirtiéndose en un debate sobre el papel del Estado en el ejercicio público del poder.

Como ya se ve, si bien esta conceptualización ha sido innegablemente influyente en la literatura social contemporánea, el desarrollo del concepto ha estado desde su inicio (Habermas, 1981) más enfocado en dar respuesta a diferentes preguntas sobre la política deliberativa que en atender las negociaciones generales del sujeto con su entorno sociocultural.

Como consecuencia, el diseño teórico de este trabajo ha preferido trabajar con una acepción más instrumental, alejada del conflicto actores - poder – Estado.

Desde ésta otra perspectiva se asume como *público* el espacio donde colectivamente se intercambian distintos objetos de interés, siendo la opinión uno de estos objetos pero no el central; aquí, el término *colectivo* no implica directamente la categoría de *social*, en el entendido de que este último término abarcaría todos los fenómenos producto de la interacción de las partes en la estructura (Cfr. Coleman, 1994: 322).

En otras palabras, lo colectivo, tal como aquí se ve, implica entender que el todo social se compone de fragmentos, degradados de tanto en tanto en agregaciones intermedias de diversos tipos de sujetos. En este espacio donde los individuos ponen de común su interés por objetos y situaciones compartidas con sus pares, los sujetos mismos (que componen distintos grupos) son los enlaces intermedios entre lo individual y las distintas gradaciones de lo colectivo, incluyendo en ello el intercambio de información y la conformación de climas de opinión, cooperación, etcétera. Estas agregaciones, a su vez, hacen lo propio en relación a otros colectivos.

Es necesario decir que esta noción de espacio público abrevia de la de “terceros lugares” (*third places*), de Oldenburg (1999). Este autor identifica los

llamados “terceros lugares” como lugares públicos y de adscripción neutral, lugares donde los sujetos pueden reunirse libremente e interactuar desde la informalidad.

En contraste con los “primeros lugares” (tales como el hogar o la casa familiar, etcétera) y los “segundos lugares” (oficinas, lugares de trabajo, etcétera), los terceros tienen la cualidad de permitir que los sujetos emplacen sus ocupaciones cotidianas para establecer un nexo empático con otros que le rodean, estrategia que permite a su vez un libre intercambio de flujos en orden de estructurar los diversos planos de una realidad común.

Los terceros lugares, para Oldenburg, hospedan la reuniones voluntarias, informales y regulares, sugiriendo que, justamente, son estos lugares los que fungen como el centro duro de la vida social de la colectividad en cualquiera de sus formas; desde esta perspectiva, los espacio virtuales construidos en la WEB comportan lugares con un alto grado de *terceridad*, lo que permite el desarrollo de distintas dinámicas de inserción, organización y articulación de tipo prioritariamente comunitario (Oldenburg, 1999).

Llevando esta conceptualización al espacio WEB, a lo largo de este trabajo se asume que el ciberespacio, que es la socialidad tecnologizada de la Internet, conjunta todos estos requisitos y patrones, si bien ésta incluye una mediación que escapa a la tradicional dicotomía público / privado: la dimensión *online* (en línea) y *offline* (fuera de línea).

Desde todo lo anterior, es necesario exponer que a este espacio público de la WEB se puede acceder sin mayor condición que el poseer una conexión activa a la red; por el contrario, en su *espacio privado* el acceso es restringido por diversos medios y dispositivos por parte de los administradores y/o usuarios del recurso en cuestión; algunos ejemplos comunes de este espacio lo conforman el correo electrónico o el tablero de mensajes privados (Cfr. Hine, 2004).

El Espacio público de la WEB como comunicación alternativa

Aunque más arriba se ha mencionado que el conflicto general entre las categorías actores - poder – Estado no es central en esta forma de instrumentar el espacio público de la WEB, también es imposible dejar de tomar en cuenta un aspecto importante de esta relación que modela las condiciones de existencia de nuestro objeto: la idea de comunicación alternativa.

Entre otras cosas, este espacio ha promovido la apertura de circuitos de información otrora inexistentes, pero sobre todo, revitalizando el concepto de comunicación alternativa¹⁰ (Crovi y Lozano, 2005: 44). Esta forma de comunicación ha sido entendida tradicionalmente como la oposición a la comunicación hegemónica, es decir, al flujo de contenidos y mensajes tendientes a mantener la prevalencia de un determinado *statu quo*.

A este respecto la WEB, desde sus circuitos libres, masivos y alternos, ha dado voz a una ingente cantidad de sujetos y colectivos que tradicionalmente han operado en la órbita de la vigilancia y el acceso hegemónicamente regulado.

Desde aquí se sugiere que el tener voz (es decir, una presencia capaz de ser tomada en cuenta por el conjunto de individuos que comparten un espacio o arena virtual o física) permite a los individuos usufructuar un papel de “agente activo” en la actuación sobre una realidad compartida.

En este sentido el espacio público de la WEB ha logrado lo que el espacio público tradicional no ha podido: romper la relación sincrónica tiempo – espacio entre sujetos, misma que escapa también, y en buena medida, a los controles operantes del *panóptico* y otros mecanismos de control social y vigilancia (Cfr. Whitaker, 1998: 47).

¹⁰ Sin que este hecho pueda entenderse que la importancia de la comunicación alternativa estribe en la naturaleza pública de los contenidos y sus plataformas mediáticas. En este sentido es innegable la importancia de los mensajes privados en la distribución de información no hegemónica, siendo un ejemplo de ello la dramática caída del presidente Aznar en los comicios españoles tras el 11-M, donde los mensajes por teléfono móvil y el correo electrónico, entre otras formas privadas de distribución de mensajes, jugaron un papel central en su caída. Cfr. (Sampedro, 2005). Con todo, la masificación del acceso a mensajes y contenidos no hegemónicos ha encontrado en el espacio público de la WEB un referente histórico sin par (Crovi y Lozano, 2005: 44).

En los sitios virtuales como en los que este trabajo intervino, la adquisición de esa agencia toma un papel relevante, en tanto se trata de espacios relativamente “libres”, donde se negocian situaciones que atañen a grupos tradicionalmente desempoderados e invisibilizados en las arenas públicas, pues en estos espacios comúnmente se controlan los principales flujos de información (Mitra, 2005: 377).

En este sentido, la WEB ha venido a ofrecer una oportunidad menos asimétrica de acción, intervención e interacción, tal como con menos suerte lo han intentado históricamente diversos medios populares, comunitarios o alternativos (Cfr. Gumucio-Dragón, 2004). Esto revalúa el papel que juega la información abierta en el mantenimiento de esta forma de espacio público, y es justamente a partir de la emergencia de *la Red de redes* que algunos comienzan a hablar de la emergencia de un *nuevo espacio público* contemporáneo (Mayans i Planells, 2003: s.p.).

Los Usos Sociales

Respecto de la línea de los usos sociales es factible reconocer a lo largo del tiempo un *uso tradicional del concepto* (lo socialmente usado) que una *tradicción puntual de estudio* (los usos sociales en sí mismos), sin que este hecho niegue la existencia de un corpus teórico y transdisciplinar que sistemáticamente ha venido haciendo de los *usos sociales* su principal objeto (Cfr. Gómez-Mont, 2004).

Los distintos acercamientos a esta línea de estudio, sin apropiarse del marbete, han procedido particularmente de la dimensión histórica (V.g. Ginzbug, 1995; Chartier; 1999), la antropológica (V.g. Harris, 1980) y la sociológica (V.g. Park, 1922), aunque también desde diversas áreas de las ciencias de la educación, la psicología social, los estudios literarios y otros campos similares o afines, aunque eso no haya bastado, hasta hace relativamente poco tiempo, a establecer una tradición formal de reflexión y estudio continuado.

Justamente, este papel ha tocado particularmente a una tradición mayor, la de los *estudios culturales* de la Escuela de Birmingham (de origen también heterogéneo y multidisciplinario), los cuales, desde hace poco más de

40 años, han establecido una agenda sistemática de investigación en esta área.

Como es sabido, los *estudios culturales* se han insertado en los de comunicación como una vigorosa matriz disciplinar, exportando así el interés en este campo por la línea de los usos sociales, misma que ha encontrado, particularmente en los estudios de recepción y de comunicación educativa, un fructífero espacio de confrontación y desarrollo.

La línea de los usos sociales, desde aquí, se ha preocupado por entender la manera en que diversas figuras y dispositivos culturales, materiales o no, tienen cierta correspondencia con el desarrollo social y cultural de un determinado grupo humano, pero más particularmente, “sobre las interpretaciones diferenciadas que efectúan los consumidores a partir de su propia cultura” (Mattelart y Mattelart, 2005:107).

Desde la perspectiva de los estudios en comunicación y los estudios culturales (en relación con la línea de los usos sociales), el énfasis teórico se inclinó, en un principio, más hacia los *usos de la cultura* que a hacia los *usos de los aspectos materiales* de la cultura (V.g. con autores clásicos como Richard Hoggart y su *Uses of literacy*) (Hoggart, 1957), mientras que por otro lado, ahora puntualmente desde los estudios en comunicación, surgieron paradigmas teóricos relacionados con el ámbito de los usos aunque a veces contrapuestos, de entre los cuales los más populares son la *Teoría de usos y gratificaciones* (Cfr. Blumler y Gurevitch, 1982 y la *Hipótesis del cultivo* (Cfr. Gerbner y Gross, 1976). Éstos se alejan de nuestro interés por identificarse directamente con la línea de *los efectos*, de corte funcional y conductista (Rodrigo-Alsina, 2001;130 y De Moragas, 1981:107).

Con este telón de fondo no es sino hasta 1980, con la publicación de *L'arts de faire, l'invention du quotidien* (Las artes del hacer. La invención de lo cotidiano), una obra de origen histórico-antropológico, que Michel De Certeau logra redirigir la atención tradicional sobre los “usos sociales” hacia las *maneras de hacer de los usuarios*, “insistiendo [sobre todo] en la capacidad de éstos para desviar, rodear, la racionalidad de los dispositivos colocados por el orden estatal y comercial” (Mattelart y Mattelart, 2005:.108).

En otras palabras, esto implica poner el acento sobre las acciones que el desempoderado puede ejercer sobre sus medios, para resistir lo que le es impuesto en el mundo (Guillespie, 1996:13).

Así, con el revitalizado enfoque de De Certeau (Mattelart y Mattelart, 2005; 108), surge una nueva tradición de estudio sobre los usos sociales, misma que en Latinoamérica, a partir de las lecturas críticas y anteriores de pensadores sociales como Paulo Freire, Mario Kaplún, Guillermo Orozco y Martín-Barbero, tiene particular impacto al entender problemáticas particularizadas y arraigadas en América Latina¹¹. Esta línea teórica, por razones de pertinencia objetual y consonancia cultural, ha sido la principal en la argumentación del presente trabajo.

Por otro lado, la tradición continuada de los usos sociales ha establecido un fuerte contacto con lo que podríamos llamar los estudios sobre *medios alternos y comunitarios* (Cfr. Cogo, 1998; Downing, 1984 y Peppino, 1999), donde se articula el uso cultural de distintos medios y tecnologías de la comunicación y la información a los paradigmas teóricos de la resistencia, la contraculturalidad y los procesos sociales de emancipación social y autogestión cultural. Este punto también será abordado más adelante.

El concepto de usos sociales

Justamente, si bien la tecnología no determina la sociedad ni la sociedad dicta el curso del cambio tecnológico (Castells, 1999: 31), es imposible negar (tal como nos han enseñado la corriente teórica de la *Construcción Social de la Tecnología*) que el binomio tecnología-sociedad, por medio del proceso de evolución de los usos sociales, se transforman mutuamente y de manera compleja a partir de un sistemático proceso al que podemos llamar de “estira y afloja”. A este proceso el desarrollo de la Internet no le ha sido ajeno.

A partir de esta premisa, es necesario entender lo que se entiende por usos sociales y cómo opera dentro de la teoría social que este trabajo utilizó. Como ha hecho notar claramente Pierre Chambat “el estudio de los usos

¹¹ Aquí es importante notar los seminales trabajos que el mismo Martín-Barbero, también pero otros como Guillermo Orozco, Sonia Muñoz, Maria Immacolata Vassallo, Nora Mazziotti o Thomas Tufte han desarrollado al rededor del uso social de géneros ficcionales en América Latina y otras latitudes.

sociales es complejo, ya que suscita una serie de definiciones que se caracterizan por su singularidad en la conceptualización y en la aplicación, aunque se trata fundamentalmente de una construcción social (Chambat, 1994, citado en Gómez-Mont, 2004).

Aún con todo, y siguiendo a De Certeau, se puede decir que "(los usos sociales son) operadores de apropiación que, siempre en relación a un sistema de prácticas, pero también en un momento y a un lugar, instauran una relación del sujeto con los otros. Es la otra cara de la cotidianidad, la de la creatividad dispersa, oculta, sin discurso, la de la productividad inserta en el consumo. Marginales al discurso de la racionalidad dominante, reacios a dejarse medir en términos estadísticos, existen modos de hacer cuya lógica remite a la cultura en cuanto resto y estilo" (De Certeau, 1997, S/p).

En este sentido también es importante mencionar que la idea de usos sociales está intrínsecamente relacionada a la postura de los *usos sociales de la tecnología (Social Uses of Technology)*, según la cual un medio o mensaje transmitido por uno de ellos puede ser usado con fines socialmente distintos de aquellos para los cuales fueron en inicio diseñados (Tufte, 2007).

De este efecto tenemos como referentes inmediatos los casos del teléfono y la radio (Cfr. Mattelart, 2002; Castells. 1999), pero también el mensaje de los textos mediáticos, como aquellos contenidos en la telenovela, los géneros informáticos o las *soap operas* (Tufte, 2007).

Así, luego de identificar los implicados históricos en la línea teórica de los usos sociales, queda claro que lo aquí presentado se articula, a partir de la línea propuesta por De Certeau y los teóricos posteriores que lo han retomado y reformulado, tanto teórica como empíricamente, sobre todo en la línea propuesta en Latinoamérica por Jesús Martín Barbero y otros académicos en el campo de la comunicación y la cultura.

Los orígenes del concepto de capital social

Problemas teóricos y conceptuales tales como la naturaleza de los nexos empáticos entre los sujetos, la creación de redes de confianza o las dinámicas de participación y cooperación interpersonales (Cfr. Ostrom, 2003) no son nuevos para las diversas disciplinas sociales, sino que, al contrario, han dado

lugar en el último siglo a un ingente cuerpo de generación y revisión teórica.

Desde muy distintas perspectivas y respondiendo a intereses muy diferentes, pensadores sociales como Homans (1961), Emerson (1972) o Blau (1964) han tenido en cuenta que las relaciones sociales no sólo producen nexos, sino que los nexos en sí mismos están cargados de un importante y subjetivado valor.

De manera breve e introductoria se puede afirmar consensualmente que el concepto de capital social es relativamente reciente, poco o nada utilizado antes de 1993 (Ramírez, 2005), año de publicación de la trepidante obra de Robert Putnam, *Making democracy work*.

En un sentido amplio se puede definir al *capital social* desde una teoría general, es decir, desde las perspectivas conjuntas de sus tres principales creadores (Coleman, Putnam y Bourdieu) como un recurso de producción de beneficios, que opera en función de las relaciones sociales del sujeto. Estas relaciones tienen su fundamento en normas generales socialmente aceptadas aunque variables según los autores.

Aunque se suele adjudicar a R. Putnam la más importante versión de la teoría del capital social, la verdad es que el concepto es una extrapolación de aquél acuñado por J. Coleman a finales de la década de los ochenta y principios de los noventa, al tiempo que es innegable que ya existía una versión, también de la década de los ochenta, suscrita por Bourdieu.

Más aún, algunas fuentes suelen citar como fuente original a Halifah, en la década de los 20 (Ostrom, 2003), si bien puntualizan que su uso fue bastante liminar y poco explicativo¹².

Entender el capital social: los principios productivos de las redes sociales

A partir de esta intuición relacional de la que ya se ha hablado, se proyecta y modela el concepto de capital social, heredero de las teorías de segunda generación de la acción colectiva y la teoría general de la acción racional (Ostrom, 2003).

¹² El mismo Putnam ha reconocido la existencia de fuentes primarias del concepto (capital cultural), incluido Bourdieu, si bien le atribuye a Coleman su “indiscutible” paternidad (Ramírez, 2005).

Este enfoque, a diferencia de otros que le precedieron en su misma línea, se caracteriza por entender el papel que tienen las redes sociales como posibilitadoras en el intercambio y consecución de recursos sociales, y a su vez, cómo estos intercambios son origen y consecuencia de la acción colectiva.

Así, se puede definir al capital social como un recurso de producción de beneficios que opera en función de los intercambios y las relaciones sociales del sujeto, presentándose como un principio conectivo y concentrador de recursos personales (Coleman, 1994: 306). A partir de él los actores de una red *combinan* los efectos de sus distintas acciones individuales para obtener un resultado en términos de acción colectiva (Cfr. Friedman y Hetcher, 1988: 203).

Vale puntualizar que ésta última, como parte de la acción social, se define en este enfoque no como la mera *suma* de acciones individuales, sino como una forma de actuación donde la acción individual, *combinada* con otras, son el recurso productivo de la estructura que posibilita el logro de ciertas metas que serían imposibles de alcanzar en su ausencia (Coleman, 1994: 302).

Con este trasfondo y tal como lo percibiera Coleman (1994), éste se puede entender también como la posibilidad potencial de los sujetos a acceder a beneficios, en términos de recursos sociales diversos y posibilitados por la acción colectiva, que sólo son asequibles por mediación de sus redes sociales.

Desde aquí se asume que, si no todos, al menos una determinada cantidad de actores dentro de una red intuyen que los beneficios producto de esa cooperación voluntaria o involuntaria serán superiores a los que se pueden obtener por medio de actos aislados e individuales.

En este sentido el espacio público de la WEB, desde su estructura reticular, permite una serie de intercambios y acciones colectivas que anteriormente estaban casi limitadas a las interacciones presenciales, en tiempo real y cara a cara, perfilándose así como un fenómeno particularmente interesante a los distintos ámbitos teóricos y empíricos que tienen como centro la interacción social; tal es el caso de los sitios de oriundos.

Los aspectos asociativos de Internet: los debates teóricos

Es posible afirmar que la preocupación por los efectos que puedan tener las comunicaciones mediadas por computadora sobre los procesos de interacción social es tan antigua como la tecnología misma (Hine, 2004:25), y si bien en un principio la Internet estuvo supeditada al estrecho interés que despertaba como un dispositivo *uno a uno* en los ámbitos microorganizacionales y de la comunicación interna (Wellman, 2004, 125), al ampliarse el ancho de banda, evolucionar sus posibilidades técnicas y al multiplicarse el número de terminales, la fascinación por sus posibilidades imaginadas fue imparable, despertando tantos intereses y preguntas como prognosis y suspicacias.

¿Qué era históricamente Internet? ¿Qué permitía y qué negaba en términos sociales? Desde entonces y a partir de los determinismos culturales y la idea omnipresente de la “Cadena de Progreso” (Orozco, 2007), ciertas líneas teóricas en los enfoques del construccionismo y los usos sociales de la tecnología han tendido a ver la aparición de la Internet como una prolongación de efectos mediáticos y tecnológicos preexistentes, o bien, como un modelo de interacción con consecuencias sociabilizadoras predeterminadas.

Esta tendencia ha estado sistemáticamente dividida en dos posturas extremas e igualmente ingenuas: la desarrollista (V.g. Negroponte, 2000), donde el criterio de beneficio histórico y social radica en la existencia de la tecnología por sí misma (con base en las características propias de la tecnología y sin que importen los contextos prácticos y ordinarios de los usuarios) y la fatalista (V.g. Turkle, 1995), que parte del mismo razonamiento pero en sentido inverso.

En este caso, si bien se asume la propuesta de una capacidad particular de la Gran red para propiciar la participación colectiva, se parte de la postura de que hay que desmitificar, tanto en lo positivo como en lo negativo, a la cultura virtual. Sólo así se puede acceder a las implicaciones más serias que ella tiene en nuestra vida personal y colectiva (Robins, 1995: 153).

“Comunidades a larga distancia”: WEB, redes y capital social

Es interesante que si uno de los argumentos fuertes en el debate de la Internet ha girado en torno a los niveles de compromiso y responsabilidad como factores de cohesión en la agregación virtual (Hine, 2004: 31; Lin; 2003; 212), las intuiciones hayan recaído hasta ahora en el inestable concepto comunidad y no en el de capital social. Con todo, existen precisos y útiles cruces teóricos entre ambos constructos, tal como el que ha operado Barry Wellman.

Pionero en el estudio de redes sociales de base telemática, Wellman ha explicado de distintas formas que una de las consecuencias de la revolución industrial fue el traer la percepción de que el *hecho comunitario* había desaparecido como elemento de cohesión en las sociedades contemporáneas (Wellman, 2001), cuando este hecho, hoy claramente falso, únicamente obviaba que las formas de convivencia, de mantener redes sociales activas y productivas, sólo se había transformado al utilizar los recientes medios de comunicación como nueva base de vinculación entre sujetos ampliamente dispersos.

Este episodio histórico dio lugar, como consecuencia, a las “comunidades a larga distancia” (Wellman, 2001: 5), es decir, a nuevas formas de asociación que se sustentan más en la existencia de prácticas compartidas entre sujetos que en sus condiciones físicas y localizadas de convivencia (Hine, 2004: 31).

Justamente la Red de redes, a través de sus posibilidades técnicas, potenciadas por cada vez más y mejores dispositivos de intercambio de información y la aparición de cada vez más nodos en la red, se ha impuesto como el eje de esta emergente forma de socialidad mediada (Rheingold, 1994:7; Delanty, 2006: 173), obviando a gritos lo ya insoslayable: estamos en red, interconectados con un número cada vez mayor de nodos que crece a una frecuencia celérica (Da Costa, 2004).

Retomando todo lo anterior, se debe explicitar que un principio axiomático del capital social es aquel que dicta que todo fenómeno asociativo, tanto en la virtualidad como en la *vida real* (IRI) (Rheingold, 1994: 16), tiene siempre un componente que determina económicamente la acción con base en los intercambios. Éstos, si bien no tienen que encajar forzosamente en las

posturas clásicas del actor racional (en la que el sujeto siempre busca acceder con sus posibilidades y recursos al mejor resultado posible), al menos sí buscan acceder a recursos que no obran en su poder a través de insertarse en las redes de intercambio de terceros.

En términos reduccionistas los sitios de las diásporas digitales, tal como otras agregaciones sociales de carácter masivo y público en línea, puede ser entendidas como una red humana de intercambios. Ahí, una indeterminada cantidad de sujetos “amarran” sus recursos a una red de intercambios informales en espera de que sean capitalizados, precisamente al tiempo que éstos procuran los que ofrecen muchos otros individuos. Esta dinámica, justamente, se vuelve nodal al evaluar las interacciones sociales en el espacio público de la WEB como proveedoras de determinados tipos de capital social.

Desde aquí y como punto de partida para entender el papel del espacio público de la WEB en este hecho asociativo, es necesario decir que para autores en la línea de Wellman existen al menos dos niveles paralelos de participación colectiva de las que se desprenden y mantienen las principales formas de capital social, las cuales son el *contacto social* (tal como las visitas, las reuniones sociales, la llamadas por teléfono, etcétera) y el *compromiso* (actividades organizativas con miras a lograr un objetivo) (Wellman y Quan-Haase, 2004: 115), ambos observables en distintos planos del ciberespacio.

La clave, en objetos como el aquí trabajado, consiste en asumir epistemológicamente el ciberespacio como producto y determinante de formas puntuales de este tipo de acción colectiva, situación que, debido a la inercia empírica a ver la *acción social* en la Internet no como una *acción colectiva* sino como la suma de las *acciones individuales* (Hine, 2004: 25), ha fracasado, a excepción de unos cuantos aunque importantes intentos (Cfr. Lévy, 2004).

Esta inercia cobra sentido cuando se verifica que, fuera del debate micro-macro (Ritzer, 2002: 443), una tendencia en ciencias sociales ha sido ver lo social ya sea en términos de acción o de estructura, pero que pocas han sido las intuiciones acerca del papel que la estructura juega en los causes de la acción, es decir, que la estructura puede ser también entendida no sólo como una mera disposición que cataliza la acción, sino en sí misma como una forma particular de aquella.

Así, es posible entender que los sujetos en el ciberespacio, al igual que en el espacio físico, no sólo *son* o *están*, sino que también actúan, y en la actuación reside la posibilidad de lograr acceder a determinados recursos o posibilitar a otros la consecución de un objetivo dado; precisamente, cuando desde este filtro teórico se observa a la Internet como un escenario de múltiples y concurrentes interacciones colectivas, se obvia su importante papel histórico como posibilitadora y generadora de distintas formas potenciales de capital social. Esto se puede entender a partir de exponer 8 premisas sobre sus características estructurales y su relación con distintos principios asociativos:

- 1) Aunque pudiera parecer axiomático, que los vínculos sociales no se generan solamente donde los sujetos se encuentran por causas ajenas a ellos mismos (Wellman, 2001 y 2004).
- 2) Por el contrario, los nexos con otros se buscan y se construyen en medida de lo posible (Oldenburg, 1994; Berger y Luckmann, 1997);
- 3) Esto se hace pues los vínculos están subjetivamente cargados de sentido y expectativas productivas (Coleman, 1994; Berger y Luckmann, 1997).
- 4) Todo fenómeno asociativo puede leerse en términos de capital social (Wellman, 2001).
- 5) Todo fenómeno asociativo corresponden diversas formas de producción o inhibición de capital social (Coleman, 1994: 305).
- 6) Los medios técnicos, tales como las tecnologías de la comunicación y sus plataformas, sólo son posibilitadoras y/o potenciadoras de todas las anteriores disposiciones sociales (Wellman y Quan-Haase, 2004).
- 7) La WEB, desde su estructura de red y a partir de sus posibilidades de reestructuración espaciotemporales (Hine, 2004: 15), potencia y facilita las propiedades reticulares de otras estructuras de organización social que le utilizan (Lin, 2003).
- 8) Los usos sociales que privilegian esta propiedad potencian también la actuación y los beneficios de las formas de acción social reticular, tales como el compromiso grupal y la cooperación (Lin, 2003; Wellman y Quan-Haase, 2004).

Tomando en cuenta este contexto y las últimas premisas que tienen un eje mediático, también es necesario aclarar que otros medios, como la

televisión, han sido vistos como potentes inhibidores de capital social positivo, entendiendo, por ejemplo, que los sujetos que ven más televisión suelen evitar “información útil” en el proceso de comprometerse cívicamente, al tiempo que el consumo televisivo, solitario y unidireccional, impide la colaboración en tareas ciudadanas y el fortalecimiento de lazos cercanos entre sujetos (Putnam, 2000: 231).

Por otro lado y atendiendo a la imparcialidad, es justo exponer que tampoco todas las visiones sobre redes y capital social han visto con buenos ojos a la plataforma Internet; caso sorprendente de esta postura ha sido el mismo Putnam (Halpern, 2005: 307), quien ha afirmado que, lejos de ser una forma que abra la base constructiva del capital social, la Internet la acota. El argumento de Putnam parte del razonamiento de que las personas puntualmente interesadas en algo tienden a relacionarse no con “cualquier otro”, sino con aquellos que más estrechamente se apeguen a sus intereses, cerrando así la densidad de las redes (*closure*) e impidiendo el desarrollo de actividades cívicamente comprometidas. Esta afirmación, obviamente, tiene más que ver con prejuicios intelectuales de nuestro autor que con hechos empíricos, puesto que existe una pléyade de estudios serios que han demostrado, con base en su propia teoría, todo lo contrario (Cfr. Halpern, 2005: 307).

Por otro lado, muchas han sido las preguntas acerca de la duración y fuerza de los vínculos construidos desde y en el ciberespacio, por lo cual es importante revisar las insoslayables enunciaciones formuladas hace más de 30 años por Granovetter, tesis que se han revelado como centrales en la teorización social contemporánea del espacio WEB.

Si bien este autor no habló propiamente de capital social (Granovetter, 1973) ni en su tiempo pudo prever la existencia del espacio WEB, su proposición central es que las relaciones sociales más informales (redes de conocidos, *weak ties*) suelen comportar una importante fuente de recursos sociales, incluso mayores, que aquellos provistos por las relaciones formales, fuertes y estrechas (*strong ties*).

De la proposición de Granovetter se deduce que en tanto que las relaciones débiles son una fuente importante de capital social, es imposible que ningún tipo de red exista sin producir al menos un determinado tipo de este

capital. En este sentido la Internet, a través de sus distintos niveles de socialización e interacción, que van desde los cerrados tejidos de comunidades virtuales con fuerte sentido de pertenencia (Rheingold, 1994:16; Wellman, 2001) hasta los sitios de interacción fugaz y anónima (Hine, 2004; 28), abre el abanico de posibilidades para tejer vínculos débiles y fuertes, situación que, con relación al renovado interés generado por la telemática de segunda generación, comienza a llamar la atención no sólo de estudiosos de redes sociales y modelos vinculativos, sino de toda una pléyade de científicos sociales procedentes de muy distintos campos disciplinares.

Migración y asociatividad: las tradiciones teóricas

Una vez expuesto cómo opera teóricamente la idea de capital social y la forma en que asume el concepto de acción colectiva, es necesario pasar a revisar su interés por los fenómenos migratorios y su relación con la diáspora digital que se tiene aquí por objeto.

En primer lugar hay que tomar en cuenta que los fenómenos migratorios, por sus procesos de movilidad y sus complejas dinámicas de conexión y desconexión social, ha sido un gran fetiche en los estudios sobre redes sociales (Herrera, 2006: 191), y por goteo, de los estudios sobre capital social.

El cruce de estas tradiciones teóricas ha tenido como centro fenómenos empíricos tales como la denominada “migración en cadena” y otros mecanismos de movilización migratoria similares (Portes, 1997), fenómenos donde el flujo migratorio se verifica como producto directo de las interacciones regulares y circulares mantenidas entre no migrados, inmigrantes y emigrados (Arango, 2003).

Esta articulación de perspectivas no es casual, pues encuentra su explicación en el hecho de que mientras el concepto de reticularidad funge como punto de llegada en los enfoques de redes, en los del capital social se prefigura como el de partida.

Las preguntas tras el fenómeno han sido del tipo de: ¿cómo se conectan los sujetos emigrados e inmigrantes con sus pares? ¿Se concertan alianzas entre migrantes de distintos grupos nacionales, étnicos y culturales? ¿Qué

papel juega en el proceso de asimilación al nuevo entorno el conocimiento de determinados personajes de una red ya establecida?

Desde ahí, las líneas de investigación que aprietan la agenda del capital social y migración tienen especial interés en entender cómo estas redes de conveniencia implican, por medio de la acción conjunta, la minimización de costos globales frente a la riesgosa empresa de migrar y el papel de la generación y revitalización de vínculos sociales en el proceso de asimilación a un nuevo entorno geográfico y sociocultural (Arango, 2003).

Con ello se viene a obviar la importancia inmediata de estudiar cómo algunos usos sociales del espacio WEB posibilitan el papel de la acción colectiva en diversas diásporas digitales, si bien el interés de los estudios de capital social y migración, hasta hoy, parece radicar en las situaciones asociativas geográficamente localizadas. Esto obvia que el interés por la Internet como un *espacio social* virtual ha sido un interés casi exclusivo de ciertos estudios de redes sociales.

El hecho ha limitado las posibilidades de producción y acumulación de conocimiento en torno a este fenómeno, resultando particularmente interesante cuando se constata que los principales continuadores teóricos de este enfoque han hablado sobre el potencial del espacio WEB en la construcción y acumulación de capital social (Halpern, 2005: 307; Lin, 2003: 125; Ostrom, 2003: 206; Wellman y Quan-Haase, 2004).